

Revista Eutopía
Año 1, núm. 2, julio-diciembre 2016
pp. 219-226
ISSN 2518-8674
Fecha de recepción: 11-5-2016
Fecha de aceptación 19-9-2016
Reseña original



*LOS CAMINOS DE NUESTRA
HISTORIA: ESTRUCTURAS,
PROCESOS Y ACTORES*

Bárbara Arroyo et al.
Guatemala: Editorial Cara
Parens, Universidad Rafael
Landívar. Volumen 2,
2015, 478 pp.
ISBN: 978-9929-54-129-0

María Victoria García Vettorazzi*

Los dos volúmenes del libro *Los caminos de nuestra historia: estructuras, procesos y actores* son resultado del esfuerzo conjunto del Programa sobre Historia de Guatemala y la Universidad Rafael Landívar y fueron preparados por académicos pertenecientes a distintas disciplinas (arqueología, etnohistoria, historia, antropología y ciencia política), quienes a partir de la historiografía acumulada sobre Guatemala proponen una síntesis e interpretación de la historia de este territorio.

Esta reseña comenta el segundo volumen del libro, el cual engloba un poco más de un siglo de la historia de Guatemala, dividida en dos grandes periodos que fueron delimitados siguiendo la periodización convencional. El primero de los

* Investigadora académica del Instituto de Investigación y Proyección sobre Diversidad Sociocultural e Interculturalidad, de la Universidad Rafael Landívar. Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Católica de Lovaina.

capítulos fue escrito por el historiador Juan Carlos Sarazúa y abarca el llamado periodo liberal (1871 a 1944). El segundo capítulo lo escribió Ricardo Sáenz de Tejada, antropólogo y politólogo, y va de la Revolución de 1944 a la firma de los Acuerdos de Paz en 1996, e incluye un epílogo sobre las complicaciones de los acuerdos y la democratización en la posguerra. Ambos capítulos están (sub)periodizados a partir de la dialéctica entre la consolidación del orden social dominante y los conflictos sociopolíticos que surgen de la oposición a este.

La reseña se concentra en estos dos capítulos principales; sin embargo, este volumen incluye también una serie de estudios cortos, diez en total, desarrollados por el arqueólogo Diego Vásquez y el historiador Juan Carlos Sarazúa. Los textos escritos por Diego Vásquez problematizan las fuentes y los conceptos con los que se ha estudiado y se ha escrito sobre la historia antigua de esta región. A través de ellos se debate sobre la pertinencia de conceptos como relato y documento, mito, historia, etnohistoria, Estado, civilización, cacicazgos y arte, para dar cuenta de las construcciones culturales y sociales mesoamericanas; también se interroga sobre las dificultades para el estudio de la religiosidad popular cuando es abordado desde la perspectiva de la religión institucionalizada. El otro grupo de textos, trabajado por Juan Carlos Sarazúa, presenta reflexiones sobre la construcción del monopolio de la violencia por las fuerzas armadas y sobre la cultura del autoritarismo manifestada en el caudillo decimonónico, el finquero o el dictador militar, y en la forma de su masculinidad.

El capítulo escrito por Sarazúa se titula «De café, dictaduras y revoluciones: Guatemala durante el periodo Liberal, 1871-1944». En él, el lector encontrará una interpretación de los procesos que dieron forma al modelo económico agroexportador y que moldearon la formación del Estado moderno en Guatemala, teniendo en cuenta, según anota el autor, «(...) los matices y sutilezas que han definido la diversidad territorial del país». Sarazúa sigue una línea analítica

que propone entender la construcción del Estado y la economía agroexportadora en relación con, y en respuesta a, las distintas disputas que han estado en juego desde los territorios. Al hablar del mosaico territorial, el autor hace referencia tanto a las regiones en el interior del país, como a las transformaciones en la arena política y económica internacional, enfocándose en la geopolítica estadounidense. Entonces, Sarazúa propone analizar el proyecto modernizador oligárquico como el resultado de procesos de cambio disímiles y a ritmos desiguales, que dan lugar a una configuración multipolar del poder en distintas escalas geográficas. Con ello problematiza el clásico análisis binario que sitúa por un lado a una oligarquía guatemalteca y por el otro, a un conglomerado indígena-campesino.

Sarazúa organiza los casi 75 años de historia que analiza en cuatro apartados, que se corresponden a cuatro (sub)periodos propuestos por el autor, estos son:

- «Política caudillista» –(1865 a 1898)– que va de la muerte de Rafael Carrera al año en que Manuel Estrada Cabrera asumió la presidencia de Guatemala.
- «Política internacional y sus impactos en Guatemala» – (1898 a 1920)– que incluye la dictadura de Manuel Estrada Cabrera y, principalmente, la expansión estadounidense en el Caribe y Centroamérica, sus impactos concretos y duraderos en la reconfiguración social, económica y espacial de los territorios. Toma como uno de los ejemplos el caso de la bananera en Izabal.
- «Transformaciones del Estado y movimientos urbanos (1920-1929)», que aborda los años entre el fin de la dictadura de Manuel Estrada Cabrera y el comienzo de la de Jorge Ubico.
- «La dictadura ubiquista y el fin de un ciclo político (1931-1944)».

Esta subperiodización está pensada en función de los momentos, podríamos decir, de orden y de desorden. Del orden construido en torno a la figura de un caudillo-dictador, y del desorden caracterizado por los periodos de desequilibrio, desajuste, negociación y forcejeo entre los sectores sociales hasta la consolidación de un nuevo caudillo. Así Sarazúa va mostrando que a lo largo de estos años, de 1871 a 1944, se consolidó no solo la matriz económica del país, sino que se enraizaron las bases del régimen político moderno. No hace solo referencia –ni principalmente– a su forma institucional, sino a la constante contradicción entre construir institucionalidad o mantener el orden a como dé lugar. Dicho de otro modo, a la contradicción entre un ejercicio del poder con contrapesos y procesos institucionales o un poder ejercido a partir de la violencia combinada con un entramado de arreglos, acomodos y prebendas entre élites internacionales, nacionales, regionales y locales. ¿Cómo se gobierna a la población de un mosaico territorial tan diverso y desigual? Esta es una de sus interrogantes principales. Y explica que la política caudillista –que articula la violencia y las alianzas/lealtades entre las élites en diferentes escalas– fue entonces la manera de establecer el orden y de resolver las múltiples tensiones y disputas.

¿Cómo esta forma de gobernar a la población y el territorio impactó la formación del Estado? Es otra de las interrogantes centrales que sugiere el capítulo. Sarazúa deja ver que la institucionalidad estatal fue corroída y mermada por el caudillismo y su amplia red de dependencias y lealtades. De la mano con estas redes se perfiló y perfeccionó el diseño de sistemas de vigilancia política en diferentes escalas y la construcción de un cuerpo policial para el control de la población, sobre todo ante el surgimiento de los movimientos sociales y políticos urbanos en el siglo XX. Esta lógica puso también límites a la formación de un cuerpo militar profesionalizado.

Destaca el silencio sobre la manera en que el racismo del periodo colonial fue reconfigurado en el proceso de construcción del modelo económico agroexportador, sobre las nuevas presiones que este ejerció sobre la población indígena y, principalmente, sobre las relaciones entre ladinos e indígenas. La visibilización y análisis del racismo está también ausente en el escrito de Ricardo Sáenz —que se reseñará a continuación— a pesar, no solo de la atención que el autor ha puesto a la construcción del movimiento maya, sino que su capítulo aborda el periodo de la guerra interna, el de mayor violencia ejercida en contra de las poblaciones indígenas durante el siglo XX. ¿Por qué esta ausencia? ¿Estará vinculada al andamiaje conceptual con que se ha investigado la historia? ¿Tendrá que ver con la experiencia social de los historiadores?

El segundo capítulo del volumen se titula «Modernización y conflictos, 1944-2000», escrito por Ricardo Sáenz, constituye una síntesis descriptiva de la historia general de Guatemala en la segunda mitad del siglo XX. El énfasis está puesto en los acontecimientos políticos. A diferencia del capítulo trabajado por Juan Carlos Sarazúa que profundiza en un análisis de relaciones y detalles, para el cual el lector necesita un conocimiento básico de los debates en torno al periodo liberal. El capítulo preparado por Ricardo Sáenz está escrito para un público más amplio y puede servir de panorama general para quienes no se han adentrado aún en el estudio de esa época.

La periodización propuesta por el autor está definida a partir de los ciclos de tensión y movilización social derivados de los cambios que produjo el proyecto de desarrollo modernizador en sus diferentes etapas, en relación con los reacomodos de poder y de la política estatal para enfrentar dichos ciclos. De manera similar al capítulo anterior, la historia de este medio siglo fue organizada por Sáenz en periodos definidos en función de la dialéctica entre momentos de movilización, convulsión social y crisis, y las modalidades con que el régimen político y la forma de gobierno fueron reacomodados para restablecer el orden de dominación.

Los cuatro subperiodos abordados son:

- La Revolución de 1944.
- Autoritarismo, cambio social y crecimiento económico (1954 a 1976). Dividido en dos etapas. La primera –(1954 a 1963)– hace referencia a la «Crisis política, autoritarismo y fracaso del proyecto liberacionista», definida como una etapa de crisis de la dominación, resuelta parcialmente cuando el alto mando militar tomó el control del Estado en 1963. La segunda –(1963 a 1982)– aborda «La política: insurgencia y gobiernos militares».
- «Conflictos sociales y guerra (1976-1984)», con la que se describe la escalada de la movilización social tanto en áreas rurales como urbanas, sus articulaciones con las organizaciones guerrilleras, el aumento de la represión y el estado de guerra civil.
- «Democratización y pacificación (1984-1996)».
- «Epílogo: Guatemala después de los Acuerdos de Paz».

El capítulo hace visible la consolidación y continuidad del ejército como un actor político central desde la Revolución de 1944 hasta los Acuerdos de Paz en 1996. A la vez, caracteriza el escenario multipolar de la configuración del poder y la heterogeneidad de las fuerzas sociales que modelan las disputas políticas desde diferentes lugares. Habría sido interesante entretener las reflexiones propuestas por Sarazúa en torno al régimen político guatemalteco de finales del XIX y la primera parte del XX y la construcción del monopolio de la violencia, con la caracterización del régimen político sui generis que Sáenz propone para los años 1963 y 1982. Un régimen en apariencia democrático con partidos políticos, elecciones y bloques legislativos opositores; pero en el que el alto mando militar toma las decisiones sobre la sucesión presidencial y conserva el manejo de la seguridad interna.

La presentación y la introducción a los dos volúmenes del libro anuncian una historia de la gente común, que también es definida como los subordinados, los subalternos, el pueblo. Esta intención podría estar englobada en lo que se ha llamado «historia desde abajo». Sin embargo, los dos capítulos de este volumen no están escritos desde la perspectiva estricta de la historia desde abajo, es decir, reconstruyendo «la cultura y la vida de la gente corriente y su experiencia del cambio social»¹. Además, desde hace rato, como ha escrito Peter Burke², «a lo largo de sus investigaciones, los estudiosos (de la historia desde abajo) se han ido dando cuenta más y más de los problemas inherentes a esta dicotomía» (arriba/abajo) pues «no podemos dar por supuesto que las divisiones económicas, políticas y culturales coinciden necesariamente en una sociedad dada (...)», ni que todas las personas corrientes tengan experiencias idénticas. De entrada, por ejemplo, tendríamos que distinguir la experiencia y la historia de las mujeres de la de los hombres. Tema escasamente trabajado por la historiografía en Guatemala.

Entonces, ¿desde dónde desarrollar, pensar, la investigación histórica? Los dos capítulos de este volumen lo hacen desde la disputa política, y toman como eje articulador la escala nacional y el Estado. Varias de las problemáticas analizadas por los autores son pertinentes y necesitan seguir siendo exploradas desde las ciencias sociales para comprender los problemas de la democracia contemporánea en Guatemala. Por ejemplo, ¿cómo la lógica caudillista sigue presente en la construcción del liderazgo político?; ¿cómo se logran los precarios equilibrios que permiten hacer avanzar los proyectos políticos/económicos de las élites en los territorios?; ¿qué significa la política subalterna o la política desde abajo en estas condiciones?; ¿tenemos un régimen político sui géneris y cuáles son sus características? Quedamos también con el desafío de descentrar la historia de la política hacia otros campos de la vida social y de salir de las

1 Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia*, 2.^a ed. (Madrid: Alianza Editorial, 2003), 18.

2 *ibid.*, 24.

narraciones que enfatizan el accionar de las élites masculinas y sus logros en relación al poder y al mantenimiento del orden, o en la cúspide de los movimientos sociales y revolucionarios.

Finalmente es un libro que aporta una visión panorámica y problematizada de la historia política de Guatemala, desde el último cuarto del siglo XIX hasta el final del siglo XX. Además nos aproxima a la historiografía producida en décadas recientes sobre los diversos procesos sociales y económicos, y nos propone una interpretación articulada de esta en torno a las disputas políticas que fueron moldeando los rasgos del Estado y las formas de gobierno contemporáneas.